



TODO LO QUE DIGA SERÁ USADO EN SU CONTRA

Por Gabriel J. Zanotti
Para Instituto Acton Argentina
Mayo de 2009

Cuando este artículo sea publicado, Benedicto XVI habrá terminado ya su visita a Tierra Santa. No es por lo tanto objetivo de este pequeño artículo hacer una evaluación general de este acontecimiento, y menos aún en términos políticos. Es más, de esos “términos políticos” es de lo que fundamentalmente queremos hablar, para, precisamente, redimirnos de ellos.

El pontificado de Benedicto XVI nos muestra dramáticamente la baja política que, lamentablemente, siempre ha circulado por el lado humano de los miembros de la Iglesia. Benedicto XVI comienza su pontificado juzgado y condenado por ciertos sectores. Para ellos, toda aclaración es insuficiente. La cuestión es clara. Como Ratzinger, Benedicto XVI había dicho claramente, en Informe sobre la fe, que su problema no era con el Vaticano II, sino con los que querían llevar sus textos “más allá”, a un más allá no análogo al cielo precisamente. Como Ratzinger, le tocó llevar la dura e ingrata tarea de ayudar a Juan Pablo II a defender la integridad de la Fe Católica. Como Ratzinger, le tocó soportar, consiguientemente, todas las iras y enojos, como si Juan Pablo II no hubiera firmado todos los documentos más controvertidos. Como Ratzinger, resulta que fue, es y será menos carismático que Karol Wojtyla, como si eso fuera un defecto. Como Ratzinger, le tocó ser adolescente en el infame régimen nazi que, como postrera crueldad, reclutó a esos casi niños para sus filas. Ya está. Listo. Cosa juzgada. Entonces resulta que, para algunos, es un nazi, un “conservador”, un “anti Vaticano II”, un antisemita. Inútil es que haya sido uno de los redactores de la Gaudium et spes; inútil es su profunda carrera como teólogo y escritor donde sus libros, en defensa de la dignidad humana y la tolerancia, hablan por sí mismos; inútiles son sus alocuciones aclaratorias sobre el significado auténtico del Vaticano II; inútil es que haya debatido con Habermas sobre el significado de la razón, o que plantee un diálogo con Rawls, en una “sapiante” universidad que no quiso ni escucharlo, inútil es que haya sido el primer pontífice que reivindica por su nombre al liberalismo político (¡qué “lefebvrano”, no?!) inútil es que uno de los ejes centrales de su pontificado sea la búsqueda de una racionalidad humana universal, comunicadora de todas las culturas y los credos. Todo es inútil cuando el prejuicio negativo y la mala voluntad ya lo han juzgado, todo es inútil para una cierta cultura donde leer tres líneas filosóficamente profundas es demasiado tortuoso para la velocidad vana de un videoclip o lo divertido que era ver a Juan Pablo II ponerse un sombrero mejicano. Todo es inútil. Y ahora, lo mismo. Que si tendría que haber dicho esto o aquello, que si dijo o no dijo tal palabrita, que si fue del todo diplomático o no, que si hizo tal gesto o no. E inútil e incomprensible será, por supuesto, su firmeza y su valentía en no hacer lo que como Pontífice no puede hacer.

Pero todo esto nos debe hacer meditar un tema muy delicado. ¿Es lo mismo la Iglesia que el Estado del Vaticano? ¿Es lo mismo el fin de la Iglesia que la diplomacia? Para responder esas preguntas deberíamos responder otras tales como qué es la Iglesia,

cuál es su fin, cuál es la misión del Pontífice.... Y ver hasta qué punto creemos o nos interesa verdaderamente todo ello...

Tal vez ayude a Benedicto XVI saber que hay católicos a los que no nos interesa en absoluto su habilidad como “jefe de estado”, y que estamos muy agradecidos por “confirmarnos en nuestra fe”.

Fe. ¿Qué era eso? Católicos, ¿lo recordamos?